Poesía de Nueva York

Francisco Javier Díez de Revenga

La ciudad de Nueva York ha constituido para los poetas españoles un atractivo singular que se ha multiplicado en cientos de poemas a lo largo de todo un siglo de lírica urbana activa. La ciudad contemporánea, que llegó a la poesía de la mano de los simbolistas franceses, con Charles Baudelaire al frente y su libro *Las flores del mal* (1856), coincidiendo con las representaciones urbanas de los pintores impresionistas franceses, adquirió en el siglo XX carta de naturaleza en toda la poesía occidental. Y los poetas españoles en la vanguardia histórica fueron fieles a las nuevas exigencias e introdujeron la ciudad contemporánea en su poesía. Un temprano libro poético de Dámaso Alonso, entre vanguardia y poesía pura, ya marcó lo que serían las preferencias de muchos poetas de las nuevas generaciones, que en las revistas de vanguardia *(Grecia, Reflector, Ultra, Tobogán, Horizonte...)* muestran su incontenible entusiasmo por la modernidad de las aglomeraciones urbanas y los adelantos de la ciencia y la tecnología. El libro de Dámaso, no muy apreciado por su autor y titulado *Poemas puros, poemillas de la ciudad*, de 1921, manifestó un afán común a toda la poesía de vanguardia.

La ciudad contemporánea era el signo máximo de la modernidad y Nueva York se habría de convertir para los poetas españoles en un anhelo siempre alabado y deseado, desde que Rubén Darío diera a conocer en 1914 su poema «La gran cosmópolis». Julio Neira, catedrático de Literatura Española de la UNED, y

---

Julio Neira: *Historia poética de Nueva York en la España contemporánea*, Cátedra, Madrid, 2012.

empedernido estudioso de la poesía y de la suerte editorial de la lírica en las primeras décadas del siglo XX, ha dedicado su nuevo libro al estudio de la repercusión de la ufana metrópolis norteamericana en los poetas españoles de todo un siglo. Se titula este interesante y documentado volumen *Historia poética de Nueva York en la España contemporánea* [1] y ha sido la editorial Cátedra de Madrid la encargada de editarlo cuidadosamente en su colección «Crítica y estudios literarios». El título del libro procede de una frase feliz que el maestro universitario de Julio Neira, el profesor Juan Manuel Rozas, escribiera hace ya muchos años, en 1980: «Necesitamos ya un estudio, con la paciencia y el espíritu de una larga tesis doctoral, titulado *Historia poética de Nueva York*», con la que aludía a la efectiva presencia de Nueva York en la poesía española del siglo XX.

Lo cierto es que Nueva York se convirtió desde los albores del siglo XX en la más clara representación de la modernidad y del progreso, tanto por su poderío económico capitalista como por la representación gráfica de ese absoluto poder, reflejado en la particular configuración urbanística de la ciudad, sobre todo por el ascenso infinito de sus edificios, por la acumulación de sus rascacielos en un espacio mínimo, el de la isla de Manhattan con sus barrios más célebres: Greenwich Village, West Village, Soho, Lower East Side, Chinatown, Little Italy. La ciudad además contaba desde las primeras décadas del siglo XX con otros atractivos: los barrios adyacentes de Bronx, Brooklyn, Staten Island y Queens, los dos inmensos ríos que fluyen dejando en su interior a Manhattan: el Hudson y el East River; y lo que es más llamativo: las gentes que pueblan Nueva York y sus barrios, los negros de Harlem, los judíos, los hispanos... A todo ello han sido muy sensibles los poetas contemporáneos desde los dos antecedentes más recordados y tantas veces glosados y estudiados: el *Diario de un poeta recién casado* de Juan Ramón Jiménez; y *Poeta en Nueva York,* de Federico García Lorca. Si el primero de estos libros recoge la experiencia única de un poeta andaluz y universal que viaja a Nueva York, en 1916, para casarse con Zenobia Camprubí Aymar, en la iglesia de Saint Stephen, en la calle 29, el segundo nos muestra la experiencia de otro poeta andaluz y universal cuando en junio de 1929 marcha a Nueva York como estudiante de la Universidad de Columbia.

Y tras ellos numerosos poetas españoles, viajeros momentáneos o residentes en Nueva York como hispanistas profesores universitarios, reflejan en su poesía hasta una cifra sorprendente e insólita el espacio vertical de una urbe que manifiesta como ninguna otra la realidad de la vida actual, hasta llegar al final del siglo XX, en 1998, cuando José Hierro escribe su existencial *Cuaderno de Nueva York*, en el que con Lope de Vega y Antonio Machado, y el lejano recuerdo de Juan Ramón y de Federico, traza una imagen tan diferente, tan innovadora, tan distinta de la ciudad de Nueva York. Pero todo no acaba aquí, como Julio Neira documenta con todo detalle. Porque el siglo XXI se abre en Nueva York con la tragedia de las Torres Gemelas, y el horror ante la destrucción y la muerte suscitará nuevas visiones de la ciudad contemporánea atormentada por el terror... lo que produce una intensificación de esta representación poética en las promociones de poetas más recientes en los años transcurridos del siglo XXI.

Construye así Julio Neira un excelente libro, que ante todo es una «historia», porque asistimos al desarrollo diacrónico de un argumento fundamental en la poesía española, pero que también es un ensayo crítico literario y sociológico. Son las reacciones de los distintos hablantes poéticos las que interesan, y su incardinación en un proceso personal y social las que suscitan los comentarios más certeros, porque cada poeta pertenece a una época y a un contexto social, y cada poema surge por una experiencia existencial que golpea la sensibilidad personal y la del lector. Y además, el volumen cuenta con un valor añadido: ofrece un completo censo de los textos poéticos que tratan de la ciudad de Nueva York o de alguno de los aspectos relacionados con la urbe norteamericana, salidos la pluma de poetas españoles viajeros o residentes, provisionales espectadores o detenidos sufridores de la difícil habitación de la gran ciudad, algunos de ellos complacientes habitantes de la urbe y de sus barrios, seducidos por su agresiva belleza, admiradores de su intrínseca libertad social, grandeza y desinhibida vitalidad entusiasta. Que de todo hay en los poemas recogidos. Un apéndice, con quince poemas inéditos, de poetas contemporáneos y amigos, completa el contenido de este libro singular. Curiosa esta colección final, constituida por textos firmados por poetas consagrados que relegaron o retuvieron en el

olvido la publicación de sus composiciones neoyorquinas por considerarlas, en algunos casos, excesivamente tópicas. Pero también es cierto que en este apéndice tímido y retraído hallamos excelentes y novedosas representaciones de la ciudad.

De extraordinaria riqueza documental hemos de considerar las ilustraciones fotográficas que documentan este libro en las que descubrimos en el entorno urbano neoyorquino a algunos de los poetas estudiados, recuperamos las portadas de algunos libros y hallamos estampas poco conocidas como la fachada de la iglesia de Saint Stephen. Documentos que enriquecen de forma muy entrañable el contenido del libro. Un índice onomástico de autores y bibliografía de sus poemas, junto a un índice cronológico y una completa relación de la abundante bibliografía citada en el volumen completan esta cuidada edición.

El libro en su contenido interior queda organizado en una serie de capítulos a los que precede una introducción dedicada al estudio diacrónico e histórico de la poesía urbana, la poesía que, como señala Rozas, canta la *civitas hominum* frente a la *civitas Dei* de San Agustín. Y cómo dentro de esa predilección por la ciudad contemporánea, Nueva York triunfa, aunque antes lo fueron el París de Baudelaire o el Londres de Shelley, Heine o William Blake. El nuevo mundo y Nueva York de Walt Whitman, que tanto admirarían Rubén Darío y García Lorca, también es la ciudad de Melville, Stevens, Langston Hughes o Alen Ginsberg, poetas que pasaron a la historia porque rompieron con lo establecido social y racialmente.

Los españoles recibirán el mensaje y Nueva York se convertirá en tema repetido hasta la saciedad en la poesía española. Para su valoración y estudio, Neira, como buen historiador de la literatura parte de un capítulo primero, dedicado al «análisis de la constitución del topos: de Rubén Darío y Juan Ramón?Jiménez a Federico García Lorca», espacio en el que lleva a cabo una valoración de las aproximaciones iniciales a Nueva York no solo de los poetas citados sino de otros muy tempranos como Emilio Carrere, Moreno Villa, Díez Canedo o Jardiel Poncela. El capítulo segundo está dedicado a estudiar lo que Neira denomina «el exilio en Nueva York», es decir, aquellos poemas relacionados con la ciudad escritos por numerosos poetas españoles que residieron

por las más diversas razones en Estados Unidos, muchos de ellos exiliados políticos, pero también otra gran parte exiliados que podríamos denominar «académicos». Y entre los primeros figuran algunos de los poetas más importantes del siglo como Pedro Salinas o Jorge Guillén, que vivieron su exilio en los Estados Unidos y que relacionaron Nueva York y fundamentalmente su Times Square como signo definitivo e inexorable del paso del tiempo. Pero otros muchos forman parte de este espacio: Francisco Giner de los Ríos Morales, Joaquín Casalduero, Ildefonso Manuel Gil, Eugenio Florit o la inolvidable Concha Zardoya.

A los que quedaron en España está dedicado el capítulo tercero, titulado «La larga travesía de la dictadura», y en el que hallamos a muchos poetas españoles fundamentales, desde Celso Emilio Ferreriro a un primer José Hierro neoyorquino pasando por Francisco Camino, Ana María Moix, Blas de Otero, Antonio Martínez Sarrión, e incluso un grosero y ordinario Camilo José Cela, justamente censurado por Neira en este panorama, sin embargo, en todos los casos, tan positivo. Cierra este capítulo Carmen Conde, tan olvidada hoy, que en el mes de junio de 1974, viajó a Nueva York para dar unas conferencias, invitada por diversas universidades norteamericanas y que registra en su poesía la impresión que le causó la gran ciudad, que quedó plasmada en tres poemas, de diferente extensión y distinto metro, que agrupó con el título de «Un momento en Manhattan», y que incluyó al final de su libro *Corrosión* en 1975. La deshumanización del mundo contemporáneo, la pérdida de los más entrañables valores de la convivencia, de la relación con los demás, desata una poesía hondamente preocupada por la destrucción en esta hora del mundo.

El capítulo cuarto, titulado «La recuperación de la democracia» se ocupa por un lado de los poetas residentes en Estados Unidos y, por otro, de los poetas viajeros. En el primer grupo hay que destacar la figura de Dionisio Cañas, personaje ineludible en este mundo de la relación de Nueva York con la poesía y que ya dedicó en 1994 un libro a este asunto, *El poeta en la ciudad. Nueva York y los escritores hispanos*, primera aproximación no muy exhaustiva, lo que nada invalida su valor de estudio pionero. Cañas, con José Olivio Jiménez, se convirtió en anfitrión de

muchos poetas españoles en su paso por Nueva York, desde Francisco Brines a Luis García Montero, y a Cañas se deben algunos de los textos inéditos más interesantes recopilados por Neira en este libro. Entre los autores visitantes ocupa un lugar importante Rafael Alberti, cuyos poemas neoyorquinos podemos leer en su libro *Versos sueltos de cada día*, de 1982, en el que el poeta, viajero, recoge en su «diario», las impresiones ante la ciudad, ante la gran ciudad por excelencia, como es Nueva York, cuya visión desarrolla sentimientos reflejados en distintos poemas, de soledad, de rechazo de la soberbia y de la opresión, en definitiva, quejas del anciano poeta ante la deshumanización de la civilización contemporánea... Quizá el poema más llamativo es uno dedicado a las Torres Gemelas, premonitorio de su destrucción, porque capta la soberbia de la ciudad que se refleja en su altura, la misma que impide que el viento penetre y ventile las zonas por donde pasa el transeúnte.

José Hierro, en el fin de siglo, con su *Cuaderno de Nueva York* será en encargado de cerrar este capítulo tan nutrido de información y documentación de primera mano como de aciertos críticos y valoraciones justas y adecuadas. Camina José Hierro en su *Cuaderno de Nueva York* por senderos propios. Vive en la ciudad como habían hecho otros poetas pero no dramatiza el espacio urbano, no lo hace tragedia, ni tan siquiera asombro. Se trata de un poeta contemporáneo, con actitud contemporánea ante una ciudad sumamente atractiva, pero una ciudad habitable, admirable. El poeta vive en la ciudad. Y lo más interesante de esta afirmación no es «la ciudad» sino que «vive».

El capítulo quinto, titulado «Tras el 11 de septiembre de 2001» recogerá el horror ante el ataque terrorista a las Torres Gemelas, que se convierte en otro de los motivos frecuentados por nuestros poetas contemporáneos. Destaca en este conjunto un romance endecasílabo publicado por Gonzalo Sobejano en *ABC* un año después, así como otros poemas firmados por los poetas más jóvenes que recuperan una Nueva York renovada: Joaquín Pérez Azaústre, Raquel Lanseros, Francisco Ruiz Noguera, Javier Rodríguez Marcos o Virginia Cantó. Como señala Julio Neira «es probable que dentro de no muchos años haya que añadir más capítulos a esta historia poética de Nueva York», porque la ciudad de

Nueva York no es una ciudad cualquiera y como se dice en la frase de Dionisio Cañas, el más neoyorquino de nuestros poetas, «toda experiencia deja una cicatriz en la memoria de quien vive con intensidad la vida de una ciudad como Nueva York». Y a esas cicatrices múltiples y variadas ha estado dedicado este libro informativo, intenso, entusiasta, dotado de una indiscutible y definitiva solidez histórica y crítica